

# La Revista de Santander

PARA LA FAMILIA MONTANESA

## EL CAPRICHIO DE GAUDÍ

Una joya arquitectónica  
creada para el paisaje  
y el clima de Comillas



 CAJA CANTABRIA

Es una publicación de la Caja de Pensiones de Santander y Cantabria  
N.º 63. Abril-Junio 1993

Fotografía: Francisco Ontañón

# LOS SUGESTIVOS ESCO IX SERRANILLA DEL MA



# CENARIOS DE LA PARQUES DE SANTILLANA

Por MANN SIERRA  
Fotografías de FRANCISCO ONTAÑÓN





*Los amenos y pastoriles valles, en Bores. Un elemento imprescindible en los pueblos de la región: el herradero público en Bores. Bores es una típica aldea lebaniega donde duerme una historia escrita en versos «serranos».*





**B**IEN sabida es en nuestra historia regional la lucha que por la posesión de algunos de sus valles sostuvieron las casas, de la Vega y de Manrique. José María de Cossío, en su obra «Rutas literarias de la Montaña», hace referencia expresa a Iñigo López de Mendoza, el Marqués de Santillana, hijo de Leonor de la Vega, y su estancia en la merindad de Liébana, cuyo baluarte fue la Torre del Infantado de Poes. Hace referencia el ilustre escritor a aquellos versos de la famosa «Serranilla» de don Iñigo, en que cita lugares como Bores, La Lama, Frama y Espinama, no sabemos bien si por conocimiento de cada uno de ellos, o por necesidades de versificación, es decir, de rima. Recordemos los versos:

*«Moçuela de Bores  
allá de La Lama  
púsome en amores*

*dixo: "Caballero,  
tirat vos afuera;  
dexa la vaquera  
pasar al otero;  
en dos labradores  
me piden de Franca  
entrambos pastores".*

*Y fueron las flores  
de cabe Espinama  
los encobridores.»*

Se dice que cuando el Marqués visitó sus tierras de Cantabria, y, entre ellas, éstas de nuestra vieja Liébana, era el año 1434; el personaje contaba ya treinta y seis y tuvo la oportunidad de adquirir los precisos conocimientos toponómicos de la región, y, más aún, admirar la belleza de las mozas lebaniegas, alguna de las cuales hubo de producir en él, sentimiento bastante, para moverle a escribir sus famosos versos y plasma en ellos lo que parece una singular aventura amorosa, por lo largo de su recorrido, puesto que en él se incluyen dos lugares de Vega de Liébana, cuales son La Lama y Bores; el primero, en el valle de Cereceda; el segundo, en la ruta a San Glorio, junto al camino real el lugar de Bores. Frama se asoma a la ruta de Piedrasluengas, en el término municipal de Cabezón de Liébana; y Espinama, al final del valle de Baró y municipio de Camaleño, lugar donde consumó su «hazaña» el Marqués, teniendo por testigo mudo a las flores del campo... Si no se trataba de una simple «farolada», del de Mendoza, como insinúa también, en tono humorístico, algún autor.

Pero, he aquí lo que dice al respecto Amós de Escalante, al recordar el pasaje poético de don Iñigo: «Acaso por la fatiga que le costó o por sucesos particulares que le recordaba, amó don Iñigo con especial amor a esta tierra; y, cuando para descansar su mano de la espada tomaba en ella la pluma, explayando su pensamiento por las regiones serenas de la dulce poesía, llevábale natural inclinación a pintar el territorio lebaniego, a mencionar oteros y lugares, haciéndolos teatro de sus fábulas y recuestas amorosas».

Hay que volver a Cossío y coincidir con él, en que, efectivamente, «muy distanciados están los lugares que nombre para escenario de una aventura que por fuerza, tuvo que ser rápida e improvisada», pues, «desde La Lama, o cabe tal lugar,



*Perspectiva de  
Espinama, la vieja  
conocida del Marqués.  
Uno de los típicos  
hórreos lebaniegos que  
aún pueden verse en  
Espinama. La  
primavera florecida en  
el manzano pone poesía  
sobre el fondo del  
caserío.*

*Bajo el amplísimo alero  
la prosapia del escudo  
noble y el detalle  
arquitectónico de la  
ventana...*





...Y es probable que en Bores también estuvieran dos torres de los Orejón.

hasta Espinama, se ha de recorrer larga caminata. Pero, de toda esta geografía lo que más extraña al conocedor de estos sitios es la designación del lugar de La Lama, para su comienzo, si bien es seguro que la visitaría don Iñigo en su misión...».

«**ALLA DO LA LAMA...**» Pueden recorrerse hoy cada uno de estos lugares y encajar en ellos la escena, en un marco bien distinto, aunque no se hayan borrado del todo en ellos su primitivo perfil, ni esfumado, totalmente, su ambiente, ni la quietud solemidad del entorno.

Ya, José María de Cossío considera que La Lama, en las proximidades de la Vega, en ruta hacia Dobres, allá donde comienza a abrirse el Valle de Cereceda, «sería una segura casa-torre que hoy no es sino un casar, es decir, apenas unas piedras que señalan los cimientos de un edificio venido a ruina», y añade: «Y casar bien evocador. Se encuentra en el Valle de Cereceda, en la subida de La Vega de Liébana a Dobres, antes de llegar a Soberado. Fue el lugar de los González de Orejón, que papel tan principal desempeñaran en las luchas de Vegas y Manriques por la posesión de estos valles». Por ello ha de rezonar el escritor de referencia: «No es extraño que el Marqués de Santillana recordara aquel sitio y aquel solar, aunque sí lo sea que la diputara para comienzo de una intrascendente aventura amorosa».

Choca más a algunos, el hecho de que estos Orejón de la Lama, fueran los partidarios incondicionales de los Manrique, enemigos irreconciliables de los de la casa de la Vega, o sea los Mendoza, ya desde los tiempos de doña Leonor, enemistad que culmina en don Diego Hurtado de Mendoza, hijo de don Iñigo, cuando en el lugar palentino de Ventanilla apresa a García González de Orejón, por traición de un hijo de éste, y le hace degollar: no sin que antes, el de La Lama pidiera hacer testamento, con estas patéticas palabras comenzado: «En el lugar de Ventanilla, estando yo, Garci González de Orejón, el cuchillo a la garganta, en poder de mis enemigos...».

Bien, pues, ahí, en ese solar, paradójicamente, el de Santillana sitúa, ¿por qué?, el comienzo de su composición poética. Y allí, sobre las ruinas de la torre, una placa luce estos versos de Gerardo Diego titulados «Los encobridores»:

*«Yo he visto las flores  
cabe Espinama  
los huidos olores  
el prado derrama  
a aquel que bien ama.  
Laureles, favores,  
y a entrambos pastores,  
de Frama la fama  
hurdía aquí una rama  
de espino y retama  
los "encobridores".*

«**MOZUELA DE BORES...**». Y, vamos, ya, a hacer el recorrido por la geografía lebaniega que trazara en aquella aventura el Marqués, seguramente, a lomos de brioso corcel. Saltamos del Valle de Cereceda, al otro lado, por el Oeste, siguiendo ya la ruta hacia León, puerto de San Glorio, como frontera, y antes de emprender la subida definitiva, pasado el lugar de Bada, en una curva muy pronunciada, nos damos de manos a boca con la aldea de Bores, cuna de la inmortal «moçuela» de



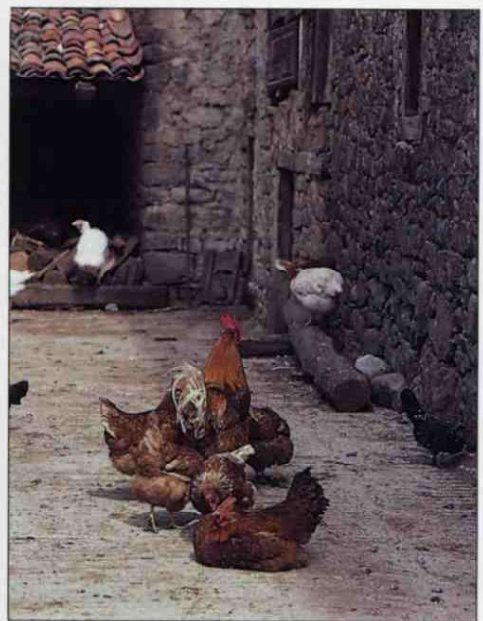
*Perspectiva bucólica de Frama. La arquitectura lebaniega tiene en el amplio alero de sus casas su símbolo más acentuado, como aquí, en Frama. En la bella aldea, los animales domésticos prestan este ambiente...*







*La Vega y en medio del agreste paisaje y con los montes de telón de fondo, la casa de Frama.*



**En Lama estuvo el solar, hoy en ruinas, del más acérrimo enemigo de los Mendoza, Orejón González de La Lama.**



¿Fue una simple coincidencia poética que el Marqués de Santillana escenificara en estos puntos su Serranilla?

la serranilla, recostada en la quietud de la ladera orientada al Mediodía. Cantan allí los pájaros a la primavera y la niebla que baja de la montaña abraza casi voluptuosamente al caserío; el arroyo henchido por las nieves rueda entre cantos, al fondo del valle. Un puñado de casas escalonadas en el declive del terreno pugnan por alzar su tejado almagre sobre la anterior, arrebujadas todas en la pequeña depresión que las acoge. Apenas una docena de vecinos en ello. El tiempo duerme allí un sueño de siglos, con fondo de nieves, de nieblas, de soles y vientos...

Sobre el verde de la mies, en Campo, la ermita de Santa Inés en su ruina total, habla de otras épocas y de otras devociones, cuando, en enero, acudía el pueblo con los frutos de la tierra como ofrenda; cuando los lagares guardaban el vino y las despensas rebosaban de garbanzos de la cosecha propia, y el granero se hallaba ahito de trigo.

No lejos, y distantes unos cien metros entre sí, se yerguen, en ruinas también, dos torres, que hablan del poderío de los Orejón de La Lama, que quiere la paradoja hallarlos aquí, otra vez, en la mismísima cuna de la «moçuela» de Bores, no sabemos si para regodeo del Marqués de Santillana.

«ME PIDEN DE FRAMA...». En la ruta hacia Piedrasluengas, por la cuenca del río Bullón, en el ayuntamiento de Cabezón de Liébana, sale al encuentro del viajero el lugar de Frama, según dicen, el de las mejores cerezas del mundo. Apretado en su caserío que resbala por la ladera hacia la profunda corriente fluvial, a una y otra orilla. El pino y el alcornoque se alternan en las riberas; se llaman estas laderas Los Hoyos y el Barrio y se divisan, por el Oeste, La Dehesa y otros a los que pone límite la montaña conocida por la Mesasinpán; por el Este, Hinojeda, El Prau, Las Cornejas, Serna... Hay aquí ulular de vientos y murmullo de aguas, cantar de pájaros y, en lo más fragoso y alto, batir de alas de urogallo, ramonear de corzos y hozar de jabalíes.

Pero, el pasado está impreso indeleblemente en estas viejas casas y casonas: la entrada de arco apuntado de unas, los de labrados en roble de otras, el horno que parece una protuberancia maligna aparecida en la fachada de algunas, ya en ruina; y, entre unas y otras los puentes de piedra y hormigón que unen ambas riberas. Y el recuerdo siempre de otras épocas; aquel puente que da paso a la iglesia de Hornillo, que un día se lo llevaron las aguas desmadradas del Bullón, con aquellos viejos molinos maquileros, de que es aún hoy testigo superviviente La Fragua o Valverde, convertida en piscifactoría. Y, entre el caserío, la vieja iglesia de espadaña, junto a la cual contrasta la altísima torre exenta, cuadrangular, construida todavía no hace un siglo, en 1905.

Decíamos al principio, que Frama es un centro productor de cerezas. O lo era, al menos. Sus habitantes se dedicaban a la producción del corcho, obtenido del alcornoque; y, cómo no, el orujo de alquitara no faltaba en ninguna casa; pero lo que les había dado fama era su mote de «marrubios», porque «marrubio» es aquí la cereza verde, y ellos lo tienen a gala.

Lubayo es el barrio que con Frama soportó siempre las cargas contributivas aportando su parte en trigo, cebada, vinos, hierba y verdura, algunos ciruelos y nogales. Porque se contribuía también al esplendor del santuario de la Virgen de la Luz, que hacía aquí parada en su procesión

anual de Aniezo a Santo Toribio; y la celebración de la fiesta patronal de San Bartolomé, San Bartolo, de agosto. Y a la ermita de la Virgen Blanca, allá donde se detenía el desfile procesional de la de La Luz... Por estos entornos, en fin, cuidarían sus ganados aquellos pastores, a quien el Marqués arrebató sus ilusiones por la mozuca de Bores.

«DE CABE ESPINAMA...». Vamos a rematar nosotros este viaje «conmemorativo» del itinerario de los devaneos, reales o imaginados, de don Iñigo López de Mendoza, desde Potes, siguiendo, ahora, contra corriente, al río Deva, a través del Valle de Baró, hasta Espinama, veinte kilómetros distante. El turismo creciente, es cierto, ha borrado un poco la estampa típica del lugar que riega el arroyo Nevandi, entre las nuevas edificaciones y negocios allí montados, para explotar al que proporciona el teleférico de Fuente Dé, cuatro kilómetros más arriba. Pero, aún, es posible deleitarse aquí con no pocos rincones «de postal», como el que ofrece aquel puentuco sobre la breve regata, tantas veces pintado por los artistas del pincel; los pasadizos bajo las casas; los escudos en las fachadas; los «sietos» y los hórreos, que, en mejor o peor estado, se levantan en los barrios de Restauro, La Cortina y Quintana. La iglesia vieja, apenas es ya una ruina; el dinero de uno de los ilustres «indianos» del lugar, don Rafael Calvo, hizo posible que, enfrente, sobre el camino se levantara otra, de traza moderna; como se han ido levantando hostales y refugios.

Pero, si hemos de hacer referencia a «indianos», que aquí les hubo de muchos países del Nuevo Mundo, la cita imprescindible ha de ser para Alejandro Rodríguez de Cosgaya, emigrado a México, a principios del siglo XVIII, para hacer una inmensa fortuna, dejada en testamento a Espinama, para que aquí se fundara una escuela de formación integral, y que constituyó, en cierto modo, la creación de «la primera Universidad Laboral de Europa», dedicada como fue, a la formación profesional, hasta que desapareciera, a raíz de la Guerra de la Independencia, tras no pocas vicisitudes. Digamos a modo de anécdota, que aquella donación se elevaba a treinta y seis millones de reales, que, metidos en sacos, hubieron de ser transportados, según la tradición, en carros tirados por bueyes.

Espinama es la antesala de los Picos de Europa, el punto de partida de los montañeros que buscan las emociones de la escalada en el Macizo Central del sistema montañoso, el de los que preparan su subida, vía teleférico, y de los amantes del simple excursionismo. Arriba queda Aliva, el puerto a donde estas gentes conducen sus ganados, y en algún lugar cercano, tal vez, entre retamas y brezos, el lugar donde el autor de las serranillas, consumara su amoroso episodio, con ellos como «encobridores». Quedan también en el entorno otros puertos de pastos, que suceden en el turno estipulado por las Ordenanzas al de Aliva, a donde se sube con los rebaños, el 11 de junio: los de Somo, Remoña y Salvorón, a los que acceden, a partir de Santiago.

Por San Esteban, los días 26 y 27 de diciembre, se hacía aquí una gran romería, aunque la fiesta patronal sea la de San Vicente. De víspera, ya durante buena parte de la noche, se tocaban a todo tocar las campanas...

«Y fueron las flores de cabe Espinama...».